

FOTOGRAFIA DE UN ALCALDE

Por Santiago AIZARNA



La evocación del Alcalde me asalta la niñez desde un estafalario indumento: algo como un sombrero de copa, un traje oscuro, botas negras, una capa... En realidad, todo ello habla de una composición del gesto, quizás. Me estoy refiriendo a un Alcalde de pueblo, y por lo tanto, netamente campesino, y todos sabemos cómo el campesino se coloca, se compone ante la fotografía. Está la trascendencia del hecho. Para un campesino—y en aquel tiempo mucho más—sacarse una fotografía era un gesto trascendente. Era como proyectarse hacia el futuro, alguno pensaría que a la eternidad acaso. Y para un Alcalde campesino el gesto era doblemente trascendente. Porque en el Alcalde no estaba solamente un individuo, no estaba solamente un campesino; ni siquiera dos: el Alcalde y el campesino, sino todos los campesinos que formaban el pueblo desde una banda, y todos los Alcaldes que habían formado parte del pueblo, todos los Alcaldes que habían existido en el pueblo, por la otra.

LA TRADICION. LA HISTORIA

Por lo tanto, posiblemente, cuando aquel Alcalde de la fotografía, primera de un Alcalde que recuerdo se estaba dejando fotografiar, no estaba dejándose hacer nada. Porque el dejarse hacer era una actitud pasiva que aquel Alcalde, no es que no tenía en aquel caso, es que no podía tener.

Y la imposibilidad le nacía, precisamente, de ese primer gesto trascendente, de ese hincamiento, de esa asunción, de esa asunción también, que en su imagen se verificaba. Ese hincamiento, esa verticalidad de la representación, porque cuando un hombre se responsabiliza, se representativiza, se verticaliza asimismo inmediatamente.

Por eso a gran importancia de la verticalidad en las fotografías campesinas sobre todo, porque en la persona del campesino se daba como en nadie la lucha entre naturaleza y artificiosidad, naturaleza de una forma de ser enfrentada a la artificiosidad de la máquina, de forma que se podía decir que nunca acababa de curarse del miedo, pero que no era en modo alguno miedo a la cámara, sino el miedo a su responsabilidad, el miedo a su posible no verticalidad, el miedo a su trascendencia futura en definitiva.

E igualmente en el Alcalde. Aquel Alcalde de la fotografía de que hemos hablado, casi todas las fotografías de los Alcaldes de hace algún tiempo, tenían que venir forzosamente desde esta verticalidad absoluta e inevitable. Porque el retrato, su imagen no iba dirigida a él, ni siquiera dirigida a su pueblo, sino que dirigida hacia la tradición, hacia la historia. El Alcalde dejaba de ser Alcalde para convertirse en símbolo y los símbolos tienen que gozar, al menos, de la verticalidad, verticalidad esencial y aparental al mismo tiempo.

O sea, que el Alcalde aquél, como todos los Alcaldes en definitiva, como todos los que llegan a ser símbolos de algo, tenían por delante un tiempo en donde proyectar su sombra, pero por detrás, cargándoles las espaldas, pesándoles en las espaldas, estaban la tradición y la historia, porque el Alcalde nunca es algo por sí mismo solamente, como un Alcalde individual, ni siquiera cuando su proyección sea tan alta como el del famoso de Móstoles, sino que es un eslabón más en la cadena de los Alcaldes, y es entre todos como llegan a constituir ese sentido de tradición, y es así como llegan a fraguar la Historia.

LA IMAGEN DE LA FOTOGRAFIA

Todo, desde arriba abajo, da un sentido de verticalidad en este hombre, en esta fotografía de un hombre, de un Alcalde.

Asoma a la vista, como primer promontorio, el sombrero de copa. Y una clara relación desde este primer signo, desde este primer vestigio y desde este primer símbolo, con el prestigio, con la autoridad. Sin saber yo por qué—si no es otra vez por la tradición de que los hombres de prestigio la llevaban—lo cierto es que el sombrero de copa estaba revestido de un aura de mito y de poder. Bastaría para ello girar una vista a la historia del sombrero de copa, tanto en la literatura como en el cine, como testigos los dos de los tiempos, de las épocas, y veríamos que aparte del espantapájaros en donde también se hace tópico el sombrero de copa, en todo lo demás, su proyección es, siempre hacia las esferas altas, quedándose quizás, por ello, contagiado de su brillantez y lustre. Y de lo protocolario. Porque, en cualquier acto de protocolo, y era acto de protocolo la fotografía para este Alcalde, como era protocolo cuando habitualmente se vestía, mejor dicho se ponía, el sombrero de copa, que era, acaso, en las fiestas patronales tan sólo, o

cuando el Ayuntamiento tenía que recibir incorporación a alguna autoridad, ni siquiera seguramente en la misa mayor dominical—cuando el respeto del acto sagrado descendía a las calles del pueblo, y había un batir de campanas, y hasta otro sagrado juego, el juego de la pelota en el frontón municipal se prohibía—, ni siquiera entonces el acto era tan solemne como el sombrero de copa demandaba, porque la sacralidad del acto estaba erosionado por la habituidad, y era tradición también, es decir, costumbre, que el sombrero de copa estuviera el mayor tiempo posible en el gran arcón, y se colocara en la cabeza del Alcalde con aires de fiesta, es decir, con aires de naftalina, porque siempre en las fiestas protocolarias la naftalina es como un aditamento esencial.

El traje oscuro, también protocolario, también ceñido a las exigencias del protocolo, quizás éste a un protocolo más esencial, a la esencialidad de que el hombre enraizado en la tierra cuando tiene un gesto trascendente se viste siempre de oscuro, algo como una sombra, su misma sombra sobre su misma tierra, quizás hombre que se disfraza de sombra, que no quiere ser otra cosa que sombra, por miedo también de la gran responsabilidad, de los grandes símbolos, cuando a lo que se acoge verdaderamente es al símbolo.

Hasta el chaleco por dentro de este traje, con todo lo que el chaleco compone y estiliza también la figura, o verticaliza la figura más bien, porque en el fondo, de lo que se trata es de hincar al hombre sobre la tierra, hacerle un poco monumento, mojón o señal, hacerle un poco un Gessler para un lugar donde no haya ningún Guillermo Tell, igual que el símbolo de Gessler: la pica en el suelo; y cuando un hombre quiere convertirse en pica es imprescindible casi el encorsetarle, que nada se desparrame, que la carne no se desparrame, que la humanidad del señor Alcalde se mantenga en sus límites, que son siempre límites crecidos en torno a su verticalidad, y para los que sirve absolutamente, este chaleco, también oscuro, que se ve en la fotografía.

Y las botas... ¿quién dirá ya que no se ha buscado la verticalidad absoluta cuando las botas aprietan y sujetan los tallos del hombre como rodrigones implacables? Cualquier hombre que se ponga las botas, y mucho más cuando es para sacarse una fotografía, es que tiene conciencia absoluta de su misión, ya sabe que tendrá que fijarse en el tiempo y en la historia. Que es lo que ha hecho este hombre de la fotografía, este Alcalde de la fotografía.

¿Y LA VARA...?

En el mismo viejo arcón con aromas de pasado de donde salió el fantasma de esta fotografía descansaba la vara que al principio tuvo que ser una vara fina que descansaba en las manos del Alcalde—mejor dicho, no descansaba porque nada descansaba en el Alcalde en el momento de fotografiarse, sino que también participaba de su tensión y vigilia—, pero que cuando emergió del viejo arcón era un mimbre retorcido sobre sí mismo, quizás uno pensaba que para que cupiese mejor en el arcón, que claro que no era esta la razón, pero qué importa.

El mimbre arrollado como vara de mando desdecía totalmente de la verticalidad absoluta asumida por el Alcalde, cuando quizás el mimbre y su arrollamiento estaban hablando de otra virtud esencial en este hombre, de la virtud convivencial por así decirlo, algo así como la virtud política, la virtud ciudadana del replegamiento desde las estructuras mentales hacia la mentalidad de los otros, no como sinuosidad sino como adecuación, que es lo que ganaba el mimbre arrollado con referencia a la cachava, aunque con ostentosa pérdida de la verticalidad.

Pero este mimbre arrollado o enrollado no estaba en la fotografía, ni tampoco la cachava, ni el palo seco y alto, sino la vara enjuta y larga, sin nudosidades ni promontorios, esbelta y ágil vara, tal como cumplía en los paralelos del símbolo. Que junto al tallo del Alcalde creciese este otro tallo paralelo, este otro tallo mimético, como una asistencia del pueblo en la vara, como la compañía del pueblo en la vara y no la espalda del pueblo bajo la vara.

¿QUE ES EL ALCALDE?

De lo que se desprende de la fotografía de tiempos remotos, así como de lo que es en realidad, el Alcalde es, solamente una vertical, la asistencia del pueblo, la presencia del pueblo, su representatividad, no su amo sino su carne, no su mando sino su espíritu, no su tiranía sino su voluntad.

El Alcalde, de tanto serlo en función del pueblo no es nada por sí propio, porque alguien empieza a serse cuando abandona o empieza a abandonar las verticales, cuando la representación se sustituye por la realización.

El Alcalde mira desde esa fotografía, con su indumento estrafalario, con su indumento de representación, y es todo el pueblo, todo el pueblo por él representado, quien nos mira.